

Unión peligrosa

Leanne se había casado con Dimitri para satisfacer la última voluntad de su madre. Pero lo que en principio era un matrimonio de conveniencia, se convirtió pronto en la puerta que la condujo a insondables abismos de pasión... pasión a la que Dimitri no parecía corresponder. ¿Cuánto tiempo podría participar Leanne en esa farsa sin que su corazón resultara gravemente herido?

Capítulo 1

SE oyó un golpe suave cuando las ruedas tocaron el suelo y luego el chirrido de los frenos mientras el avión disminuía de velocidad en la pista. El vuelo había sido bueno, sin contratiempos, uno cualquiera de los muchos que Leanne había realizado entre la Costa Dorada y Melbourne, en el transcurso de los últimos cinco años.

Con una excepción. Esa vez Paige no estaría esperándola y no habría una reunión feliz ni risas compartidas mientras la madre y la hija trataban de ponerse al corriente respecto a las noticias de cada una.

Sintió ganas de llorar y parpadeó para tratar de detener la amenaza de las lágrimas mientras miraba sin ver a través de la ventanilla.

No era justo que su madre hubiera sido víctima de un extraño tipo de cáncer, ni que éste se hubiera extendido hasta tal punto que los médicos sólo hubieran podido ofrecer un triste pronóstico. Al enterarse de la noticia, Leanne había tardado sólo veinticuatro horas en hacer la reserva para su vuelo y designar una ayudante para que se encargara de su clínica de belleza.

Al terminar el vuelo, Leanne se colocó en la fila de los pasajeros que iban a dejar el avión, pero no se dio cuenta de que la observaban con admiración. El pantalón y la camisa de seda de color azul vivo acentuaban sus esbeltas curvas y eran el marco perfecto para su pelo rubio ceniza, que le llegaba a los hombros.

A los pocos minutos se encontró en la sala de llegada y se acercó a la cinta transportadora del equipaje en busca de su maleta.

-Leanne.

El sonido de esa voz con leve acento le quitó el aliento e hizo que su pulso pareciera detenerse unos instantes antes de desbocarse. Tardó sólo unos segundos en dominar su expresión antes de volverse para mirar al hombre de pie, a escasa distancia de ella.

-Dimitri.

Cinco años antes ella se habría arrojado a sus brazos y aceptado el roce afectuoso de sus labios en su mejilla, y riendo se habría permitido un juego inocente de coqueteo.

En ese momento se mantuvo quieta, con los ojos claros y serenos, ocultando el

pesar en sus profundidades azules.

-Pensé que todavía estarías en Perth.

-Igual que tú, reorganicé mis asuntos de negocios y tomé el primer vuelo disponible hacia el este -alzó ligeramente una ceja y su expresión mostró un matiz de cinismo y reprobación silenciosa.

-No era necesario que vinieras a recibirme -respondió ella, intentando ocultar sus emociones.

Él no dijo nada, no tuvo que hacerlo. Ella era la hija de Paige y el ángel de pelo plateado del padre de Dimitri. Como tal, él le brindaría todas las consideraciones y rechazaría concederle el deseo de ser independiente.

Leanne sintió que se estremecía ligeramente y se obligó a mantenerse rígida y controlada.

-¿Ya has visto a Paige? ¿Cómo está?

-Hace una hora -respondió, sosteniéndole la mirada durante unos segundos interminables, antes de suavizar sus facciones-. Está lo más cómoda que puede estar en su situación.

Paige se había ganado el afecto de Dimitri hacía diez años cuando se casó con su padre viudo, su calidez y naturaleza generosa había convertido la casa de Yanis en un hogar. había suavizado los bordes rudos de un hombre cínico y cansado del mundo cuyo único objetivo en la vida parecía ser el de agrandar su imperio a proporciones monumentales mientras preparaba a su único hijo para que siguiera sus pasos. Los siguientes cinco años habían estado llenos de cariño y armonía, hasta que la tragedia los golpeó con un accidente que los privó de su marido, padre y padrastro. Dimitri quedó al mando del vasto imperio Kostakidas.

-¿Cuál es tu maleta?

-La marrón -respondió, señalándola. Él la levantó con facilidad.

-¿Nos vamos?

En silencio y mientras caminaba al lado de él hacia un Jaguar de color marrón aparcado junto a la acera, frente a la entrada, la chica se amonestó por sentirse tan tontamente vulnerable.

En pocos minutos, Dimitri incorporó el poderoso vehículo al tráfico que salía de la terminal y Leanne se concentró en mirar por la ventanilla.

El aire acondicionado del coche les proporcionó alivio y las ventanas poralizadas disminuían la fuerte luz solar. El cielo era claro y en el horizonte sólo había una leve insinuación de nubes.

«Nada parecía haber cambiado», se dijo Leanne mientras el Jaguar cobraba más velocidad en la autopista. Las casas de ladrillos, gastadas por la intemperie y oscurecida por la contaminación, las calles antiguas y las estrechas vías de acero de los tranvías en las calles principales.

Respiró profundamente y luego soltó el aire despacio. Melbourne era una ciudad grande y bulliciosa habitada por gentes de múltiples nacionalidades, con una

cultura amplia y variada. Ella había nacido, crecido y estudiado allí.

Se quedaría allí el tiempo que Paige la necesitara y después regresaría a la Costa Dorada donde gracias a la generosidad de Yanis, ella era dueña de un apartamento y una próspera clínica de belleza. Eso no sólo le proporcionaba la independencia financiera sino también la seguridad que le permitiría cortar con el único eslabón que la ataba a la familia Kostakidas.

-¿No quieres que tengamos una conversación amable, Leanne?

La voz masculina parecía pensativa y divertida y ella lo observó con recelo.

-Tu éxito en el campo de los negocios se refleja muy bien en las noticias financieras -mantuvo los ojos tranquilos e incluso logró esbozar una sonrisa-. Y tus actividades sociales se recogen en la prensa del corazón. Estoy segura de que podemos ahorrarnos el informe detallado de nuestras respectivas vidas sentimentales.

Durante un segundo los ojos de él parecieron hielo oscuro, pero de inmediato su garganta emitió una risa ronca, y a menos que ella estuviera equivocada, hubo un matiz de respeto en la mirada que él le dirigió.

-Has madurado -comentó, y durante un momento el pesar oscureció los ojos femeninos.

-Es bastante lógico, a los veinticinco años -respondió con voz dulce.

-Le prometí a Paige que te llevaría directamente al hospital -dijo Dimitri al cabo de unos instantes, sanando de la autopista.

Diez minutos después, el Jaguar pasó por la reja abierta de hierro forjado y siguió por un caminito empedrado para detenerse en la parte posterior de uno de los hospitales privados más exclusivos de Melbourne.

Al pasar por recepción, la enfermera sonrió a Dimitri tratando de no revelar su envidia, pero la enfermera a cargo de la paciente fue muy abierta.

-La señora Kostakidas descansa cómodamente -sus ojos eran cálidos y mostraban una invitación silenciosa a que el hombre que acompañaba a Leanne mostrara un poco de interés por ella.

Leanne observó con resignación y se preguntó si su hermanastro querría hacer una conquista más. Él pasaba de los treinta y cinco años, era muy sensual, y su poder, riqueza y físico atraía a las mujeres irremisiblemente. Sin embargo, él tenía un grupo selecto de amigos con quienes cenaban o asistía a los acontecimientos sociales. Seguramente, había algunas con quienes compartía su cama, pero ella sospechaba que no lo hacía de manera indiscriminada. Una foto publicada en la prensa, no hacía mucho, tomada en una función elegante, le vino a la mente; habían dicho que la mujer que lo acompañaba era Shanna Delahunty, la única hija de Reginald Delahunty, el magnate de los seguros.

-La suite de Paige está a la derecha.

Las palabras dichas en voz queda sirvieron de advertencia para Leanne, porque le proporcionaron unos segundos para controlarse antes de entrar a la lujosa suite.

A pesar de que conocía el pronóstico de los médicos, a Leanne le fue imposible relacionar a su madre con esa mujer demacrada y pálida, recostada sobre las almohadas.

No le fue fácil sonreír y tuvo que valerse de toda su voluntad para no llorar mientras se acercaba a la cama y abrazaba a su madre. Los huesos de Paige parecían muy frágiles, y su piel quebradiza. Era como si la esencia de su madre hubiera desaparecido, y Leanne quiso gritar contra la mano despiadada del destino.

-Hola, cariño -susurró Paige, y su sonrisa fue realmente bella, como si la llama mortecina de su interior hubiera recobrado un poco más de vida. Levantó una mano y con dedos levemente temblorosos acarició la mejilla de Leanne-. Me alegro mucho de que estés aquí.

El deseo de llorar fue casi irreprimible y Leanne se sobresaltó un poco cuando Dimitri le cubrió los hombros con un brazo. La silenciosa fuerza masculina fue como un manto protector, y ella permaneció muy quieta, sin cambiar de expresión, mientras Paige observaba con cariño a su hija antes de mirar al hombre que la acompañaba.

-Gracias -murmuró, y los ojos de Dimitri estaban oscuros, llenos de afecto, pero al mirar a Leanne se volvieron un poco duros, a manera de advertencia. Ella se puso tensa cuando él movió los dedos para iniciar un masaje sutil en su hombro.

-Saldremos para que descanses -dijo Dimitri a Paige, inclinándose para darle un beso en la mejilla-. Leanne regresará después de comer y los dos vendremos de nuevo esta noche.

-Sí.

La voz de Paige fue casi inaudible y Leanne logró contener las lágrimas hasta que llegaron al pasillo. Allí permitió que se deslizaran por sus mejillas.

El pasillo le pareció más largo de lo que lo recordaba, y para cuando se sentó en el coche estaba deshecha.

-¿Por qué no supe que ella estaba enferma? -exigió Leanne con una mezcla de rabia impotente y angustia profunda; pero al ocurrírsele algo, se volvió hacia el hombre que acababa de sentarse frente al volante-. ¿Por qué no me lo dijiste?

-Porque no lo sabía -aseguró Dimitri-. Paige y yo hablábamos por teléfono cada semana y yo cenaba en su casa de vez en cuando.

-¿Paige no mostró señales de estar enferma? ¿Nada? -preguntó Leanne con incredulidad.

-La última vez que la vi fue hace cinco semanas, y aunque estaba pálida, ella me aseguró que se estaba recuperando de una gripe muy fuerte -tenía los ojos sombríos y parecía pensativo-. Me fui al día siguiente para asistir a una serie de juntas en los Estados Unidos, París, Roma y finalmente en Perth. Un fax del médico de Paige me esperaba en el hotel -dijo con tristeza-. Te llamé tan pronto como me enteré de todos los hechos.

-Ella debió de sospechar algo -insistió Leanne, acongojada.

-Los médicos me informaron de que desde hacía varios meses ella estaba

enterada de lo serio de su estado. Pidió que se mantuviera en secreto hasta el momento en que necesitara hospitalizarse.

Leanne tenía la garganta dolorida y apenas podía contener las lágrimas. Maldición, ¿dónde estaba el paquete de pañuelos de papel que siempre llevaba consigo? La humedad se deslizó por sus mejillas y los dedos le temblaban al enjugarse las lágrimas con ellos.

Oyó que él mascullaba una maldición antes de darle un pañuelo suave y blanco y tirar de ella para acomodarla en la curva protectora de su hombro.

El instinto inicial de ella fue el de alejarse, pero no tuvo tuerzas para liberarse. Las lágrimas se deslizaban en silencio por sus mejillas y humedecieron la camisa de él.

No supo cuánto tiempo permaneció así antes de recobrar un poco el control.

-Lo siento -murmuró, tratando de soltarse.

-¿Qué sientes, Leanne? -preguntó con tono de cinismo-. ¿El haber bajado la guardia el tiempo suficiente para aceptar mi compasión?

-No quise...

-¿Mostrar emoción frente a mí?

-No -lo negó porque no quiso que él notara la menor debilidad en sus defensas. Permaneció sentada, quieta, con la vista fija en la ventanilla, y recordando de manera muy vívida las muchas ocasiones en que había deseado captar la atención de Dimitri. El había evitado esa atención sin herir su orgullo, hasta aquella noche fatal en que cumplió veintiún años.

Leanne cerró los ojos para borrar el recuerdo que revivía con todo lujo de detalles.

Paige le había preparado una fiesta para que invitara a muchos amigos y Leanne estaba muy contenta. Ningún invitado era más importante para ella que Dimitri, y el deseo secreto que ella tenía parecía que iba a convertirse en realidad: él finalmente la consideraría como una mujer. Emocionada y nerviosa. Leanne coqueteó con sus amigos y bebió más champán de la cuenta. Al terminar la velada, cuando todos se habían ido y Paige había subido a acostarse, ella volvió a encender el equipo de música, eligió una cinta y con coquetería le rogó a Dimitri que bailara con ella.

Envalentonada, presionó su cuerpo contra el de él y le pasó la mano por detrás de la nuca. Su coronilla apenas llegaba a la barbilla de él, y ella arqueó el cuello, le sonrió de manera encantadora y bromeó diciéndole que él aún no le había dado el beso de cumpleaños.

Todo se inició como un juego, pero pronto se convirtió en algo muy sensual. Leanne olvidó cualquier inhibición y se dejó llevar por su instinto, sin pensar en lo que podría suceder.

No se dio cuenta del paso del tiempo hasta que él la alejó y le habló con tanta dureza que tuvo que correr escalera arriba para llorar a lágrima viva en su alcoba hasta casi el amanecer.

Al día siguiente, Dimitri se fue a Sidney, y durante las siguientes semanas ella

convenció a Paige de la necesidad que tenía de ejercer su recién adquirida independencia alejada del hogar. A pesar de las protestas de Paige, eligió como base la Costa Dorada de Queensland.

Paige la iba a ver con frecuencia y Leanne planeó pasar los fines de semana y días festivos en Melbourne siempre que Dimitri no estuviera, aunque le fue imposible evitarlo del todo. Si él iba a la Costa, la llamaba por teléfono y la invitaba a cenar, al teatro, o a las dos cosas... para mostrarle el afecto de un hermanastro. Las invitaciones se convirtieron en un reto que ella aceptaba con serenidad porque no quería darle la satisfacción de saber que seguía haciéndole perder la compostura.

-Paige es una joya rara que logró capturar el corazón de mi padre, y me permitió quererla porque no trató de usurpar la lealtad de Yanis para con su hijo -la voz de Dimitri interrumpió los pensamientos de Leanne y ella volvió la cabeza para mirarlo-. Tú fuiste una bonificación añadida -dijo con énfasis.

-Eres... -las palabras no la ayudaron en su furia-. Desgraciado -dijo por fin, angustiada.

El silencio en el coche fue ensordecedor, y ella presentía el enfado de él. Durante un segundo, cerró los ojos para no ver la dureza en las facciones masculinas.

Dimitri encendió el motor, metió marcha atrás para salir del aparcamiento y el chirriar de los neumáticos sonó más fuerte de lo normal mientras se dirigía a la salida señalada. -

Mientras Dimitri detenía el Jaguar frente a la impresionante verja de hierro forjado y activaba el control remoto para abrirla, Leanne pensó que en el elegante barrio de Toorak, se encontraban las casas de los ricos y famosos y que la lujosa residencia que Yanis había construido no era una excepción.

El coche se deslizó por un camino flanqueado de palmeras y se detuvo en el aparcamiento de una mansión magnífica, de estilo mediterráneo.

Leanne se deslizó del coche y siguió a Dimitri por una puerta doble hasta el vestíbulo que era una habitación elegante, con suelo de mármol, araña de cristal y una escalinata de caoba.

Aunque ése había sido su hogar durante los últimos diez años, Leanne nunca había dejado de sentirse sobrecogida por la magnificencia de todo ese lujo.

En ese momento, un escalofrío recorrió la espalda de Leanne, y ésta tuvo que dominar el repentino estremecimiento que amenazó con sacudir su esbelto cuerpo. Sabía que, aunque Yanis había legado esa bella mansión a Paige para que la usara durante su vida, al morir ella, inevitablemente pasaría a manos de su hijo.

Eso significaba que dentro de unas semanas Leanne ya no podría considerar esa casa como su hogar, ya que no podría tolerar a Dimitri allí con la mujer que él elegiría como esposa.

No debería ser muy difícil ir reduciendo el contacto hasta que éste se limitara a alguna ocasional llamada telefónica, alguna breve carta y una felicitación por Navidad.

-Leanne, qué alegría verte.

Una voz con acento marcado interrumpió sus pensamientos y Leanne se volvió para saludar a Eleni, la cocinera y ama de llaves, su marido George cuidaba del jardín y de los terrenos.

-George subirá tu maleta -declaró Eleni, dando un paso atrás-. La comida estará lista dentro de treinta minutos. -No debiste molestarte -protestó Leanne, porque sabía que apenas podría probar bocado.

-Tonterías -la amonestó Eleni, y añadió, observándola-: Has adelgazado. Para alguien tan menudo, eso no es bueno.

-Si comiera la mitad de lo que me sirves, regresaría a la Costa con varios kilos de más y con una talla más de ropa.

-Pero ahora te quedarás ¿no -preguntó perpleja.

-¿Hay algún mensaje, Eleni? -intervino Dimitri, y Leanne intuyó una advertencia en el tono de él.

-Tu secretaria ha llamado. Te enviará unos faxes.

Leanne lo miró con curiosidad después de que Eleni se fue y se encontró con la mirada penetrante de él.

-Paige me ha pedido que me aloje aquí temporalmente porque no quiere que estés sola -declaró Dimitri.

Leanne se estremeció al pensar que tendría que vivir, aunque fuera durante poco tiempo, tan cerca del hombre con quien no se sentía nada cómoda.

-No comprendo por qué ya que he vivido sola estos últimos cinco años -dijo, después de respirar profundamente-. Además, Eleni y George viven encima del garaje.

-Sube a sacar tu ropa de la maleta. Hablaremos mientras comemos.

¿De qué diablos iban a hablar?

La alcoba de Leanne era espaciosa, ventilada y tenía una vista estupenda de la piscina y los jardines. El colorido tenue de la decoración era relajante y los muebles eran el culmen de la elegancia.

Sin pensar más, Leanne se quitó la ropa y se metió en la ducha. Salió minutos después para escoger un pantalón y una camisa elegantes, de color verde. Se vistió, peinó y maquilló.

Era casi la una cuando entró en la cocina, donde Eleni le ofreció una cálida sonrisa.

-Llegas a tiempo. Todo está listo, menos el pan. -Yo lo llevaré -ofreció Leanne, acercándose al horno-. ¿Algo más?

-Sólo el cordero. Las ensaladas están sobre la mesa.

Aquello parecía un festín digno de un rey y era mucho más de lo que las dos personas podrían comer. Había una botella de vino dentro de una cubeta de plata, dos copas de cristal, cubiertos de plata y vajilla de la más fina.

Eleni se enorgullecía mucho de la casa y siempre preparaba la comida y la presentaba con mucha elegancia. Paige pensaba que las posesiones eran inútiles si se guardaban en los muebles sólo para exhibirlas.

Dimitri entró a los pocos minutos, sonrió con indulgencia por el trabajo que se había tomado Eleni y se sentó frente a Leanne cuando la otra mujer se fue a la cocina.

-¿Vino?

-No, gracias -rechazó Leanne con mucha cortesía. -Las llaves del Mercedes de Paige están en el cajón superior del mueble del vestíbulo -le informó mientras llenaba su copa.

-Gracias.

-No eres una invitada, Leanne. El coche, o lo que necesites, está a tu disposición.

Iba a dar las gracias por tercera vez, pero decidió no hacerlo, y eligió tratar de hacerle justicia a la excelente ensalada griega que Eleni había preparado.

Quizá si se concentraba en la comida, su nerviosismo desaparecería. Era una locura, pero sentía que se estaba tambaleando en el borde de un precipicio y nada podría hacerle olvidar el sentimiento de temor.

Estaba muy nerviosa, cansada y acongojada, lo cual era lógico ante el estado de salud de su madre. No consiguió tomar de la ensalada más que un trozo de queso y una aceituna.

El cordero delicadamente asado resultó un poco mejor, porque ella ingirió unos bocados antes de jugar con la carne y vegetales que quedaban en su plato. No tardó en alejarlo.

-¿No tienes hambre?

-A Eleni no le agrada -murmuró tristemente.

-Tranquila, Leanne -Dimitri dejó su servilleta sobre la mesa y se apoyó en el respaldo de su silla. Tenía una expresión enigmática, pero en ella había algo de diversión.

-¿Qué tema sugieres para nuestra conversación? ¿La situación del país, el tiempo? ¿Tu adquisición de bienes raíces más reciente?

-Paige -susurró-. Sus deseos y lo que pensamos hacer respecto a ellos.

Dios santo, él no se andaba con rodeos, iba directamente al grano.

-No hay nada que no haría para darle gusto -aseguró Leanne sin titubear.

-¿Sin excepción?

-Por supuesto -no tuvo que pensar en la contestación.

En silencio, Dimitri la observó durante unos segundos.

-¿Incluso fingir una relación amorosa conmigo?

DURANTE un instante, Leanne se quedó sin habla, luego su rostro perdió color y se quedó pálido.

Esa sugerencia no me parece divertida -contestó pasado un momento.

-Lo digo muy en serio.

-¿Porqué?

-A Paige le preocupa tu futuro -explicó, después de notar la leve cautela en ella.

-He vivido independiente durante más de cuatro años. Mi futuro está asegurado, y después... -calló, pero se obligó a continuar-. Regresaré a la Costa.

-Donde serás una presa fácil para los cazadores de fortunas -sugirió Dimitri con indolencia.

-No seas ridículo -repuso de inmediato-. Esta casa, todo, será tuyo.

-La casa, sí. Pero existen cantidades anuales que heredarás de varias corporaciones afiliadas a la firma Kostakidas. También hay un apartamento en Atenas, una casa en Suiza, y una villa en Francia. Joyas, bonos, y acciones. Regalos que Yanis, en vida, le dio a Paige. Todo eso será tuyo -calló y la observó con detenimiento mientras las palabras causaban efecto en ella-. Sumado el valor llega a varios millones.

Era casi imposible comprenderlo, porque aunque sabía que su padrastro era millonario, no tenía la menor idea de a cuánto ascendía su fortuna. Paige y ella nunca habían hablado de eso.

-Yanis me regaló el apartamento en la Costa Dorada y 14 clínica de belleza -respondió de inmediato, tan perturbada que no pudo pensar con tranquilidad-. No quiero ni necesito nada más.

-Ésos no fueron los deseos de mi padre -en un susurro, agregó-: Ni son los míos.

-Impugnaré el testamento de Paige a tu favor -declaró con vehemencia.

-Imposible. Se pensó en esa eventualidad y se previno legalmente.

-Podrá acumularse y mantenerse en fideicomiso.

-Es una postura idealista, pero no es práctica -sonrió con gesto de cinismo-.

Paige y Yanis tuvieron la esperanza de que nosotros dos llegaríamos a amarnos, y eso le daría a Paige la tranquilidad, porque creería que el deseo más ferviente de ella y Yanis se ha cumplido. Tal como están las cosas, se preocupa mucho por los hombres que llamarán a tu puerta fingiendo amarte con locura para así poder vivir sin dar golpe en la vida.

Leanne abrió los ojos de par en par, y sus profundidades azules se ensombrecieron al luchar entre el deseo que tenía de complacer a su madre y el temor de que nunca saldría ilesa de esa farsa.

-Ya no tengo quince años y tengo bastante sentido común. No creo que necesite un protector -ay menos a ti», se dijo en silencio. «Dios mío, nunca tú».

-Hablamos de Paige -le recordó con voz suave.

-No quiero engañarla -respondió despacio.

-Sin embargo, la quieres mucho -insistió, y ella se estremeció por dentro-. Lo suficiente como para fingir algo que la alegre y tranquilice.

-¿Qué deseas, Dimitri? ¿Mi aceptación de que participaré en una mentira?

-¿Será muy difícil a pesar del poco tiempo que durará? -sus ojos se endurecieron y su boca esbozó una sonrisa.

-Sabes dar donde más duele ¿no? -dijo con amargura, y cerró los ojos para abrirlos de nuevo con lentitud.

-¿Quieres fruta o prefieres café?

¿Cómo podía él permanecer sentado ahí, tan tranquilo, y cambiar de algo tan personal a una elección respecto a la comida? Mientras pensaba en esa pregunta silenciosa, obtuvo la contestación. Dimitri era un hombre de negocios astuto, muy versado en el arte de convencer. Hacia tratos que valían millones, se enfrentaba a hombres muy duros y, sin duda, todos los días aniquilaba a sus subordinados. Contra una fuerza tan formidable ¿qué oportunidad tendría ella?

-Agua fría -respondió mientras lo miraba con cautela y veía que él levantaba la jarra y le volvía a llenar el vaso.

-Háblame de la clínica de belleza -la animó él con interés.

-Tiene éxito -respondió, encogiéndose de hombros-. A las mujeres les gusta tener buen aspecto, y la mayoría está dispuesta a gastar el dinero en aras de la belleza.

-¿Sólo para satisfacer sus propios deseos?

-Por supuesto, y para darle gusto a un hombre -recordó de inmediato las facciones de varias damas de sociedad que pasaban varias horas por las mañanas recibiendo uno u otro tratamiento de belleza. Aromaterapia, un tratamiento facial, pintura de cejas y pestañas, masaje, cera, manicura y pedicura, por mencionar sólo algunos. Cuando todo eso fracasaba en el intento de combatir el paso del tiempo, acudían a la cirugía estética.

Dimitri extendió un brazo y levantó un albaricoque de la fuente. Lo peló y le ofreció un pedazo que ella rechazó.

La necesidad de liberarse de la presencia perturbadora de ese hombre era sobrecogedora, y se disculpó antes de ponerse de pie.

-Estaré ocupado en la ciudad casi toda la tarde -dijo él-. Regresaré por ti a las seis, iremos a ver a Paige y luego cenaremos en algún restaurante.

-¿No se molestará Shanna? -preguntó sin poderlo evitar.

-Shanna no tiene nada que ver con que yo te lleve a cenar -respondió él sin inmutarse.

-Puedes dejarme en casa y luego reunirte con ella.

-Esta conversación no tiene sentido -dijo Dimitri.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

